

Europa. Por qué no podemos negar la herencia cristiana

# El liberalismo como tradición ética

En su último libro, *Por qué debemos llamarnos cristianos* (1), el senador italiano Marcello Pera analiza la íntima relación entre un planteamiento liberal bien entendido y los valores cristianos. También denuncia los contraproducentes resultados de una laicidad llevada al extremo de avergonzar a Europa de su propia identidad.

Una carta de Benedicto XVI precede al texto de Pera, un ensayo que parece recoger, desde Europa, el guante lanzado al Viejo Continente por George Weigel en *Política sin Dios* (cfr. *Aceprensa*, 20-07-2005). Ya en 2004 Pera, político y profesor de Filosofía en las universidades de Catania y Pisa, había unido su firma, en un libro, a la de Joseph Ratzinger, a propósito del tema de las raíces cristianas de Europa (cfr. *Aceprensa*, 14-06-2006).

Conocida es la disposición de Pera a aceptar la exhortación que el Papa ha dirigido a los no creyentes, entre quienes se cuenta: seguir la vieja fórmula de Pascal y de Kant de vivir “como si Dios existiese” (*velut si Deus daretur*). “La tengo por una solución sabia –ha dicho Pera–, porque nos hace a todos moralmente más responsables. Si Dios existe, existen también límites morales a mis acciones, comportamientos, decisiones, proyectos, leyes”.

### El defecto del actual liberalismo

En este nuevo título, Marcello Pera, nacido en 1943 y amigo cercano de Karl Popper, hace un llamamiento a poner orden en el reblandecimiento

de ideas que asedia al programa liberal, confundido y desorientado entre la disolución relativista y lo políticamente correcto. Para hallar un rodrigón firme vuelve Pera sobre la necesidad de remitirse a la radicalidad cristiana de la cultura europea. Pero también se trata de conjurar los peligros absolutizadores de lo que llama la “ecuación laica”, con el riesgo de que la premisa “el Estado liberal es laico” pueda degenerar en que el Estado liberal tiene la “religión de la laicidad”, una sacralización de la política que ha descrito Emilio Gentile como un avance hacia al totalitarismo.

Según Pera, “el defecto principal del actual liberalismo ha sido el de recluirse en una dimensión sólo política y procedimental, y el de olvidar que es una tradición con específicos y densos contenidos éticos que hunde sus raíces en la historia europea, de la cual es parte esencial la historia cristiana de Europa, incluida la Reforma”. Una observación que glosa en su carta Benedicto XVI al decir que “el liberalismo, sin dejar de ser liberalismo, más bien, para ser fiel a sí mismo, puede referirse a una doctrina del bien, en particular a la cristiana, que le es familiar, ofre-

ciendo así verdaderamente una contribución para superar la crisis”.

### Falacia del multiculturalismo

También ha merecido especial comentario del Papa la forma en que Pera trata el asunto del multiculturalismo, mostrando, en palabras del pontífice, “la contradicción interna de este concepto y, por tanto, su imposibilidad política y cultural”.

El filósofo italiano repasa en efecto todos los argumentos que se esgrimen a favor del multiculturalismo, concediendo, cuando procede, la verdad de muchas de sus razones. No admite, en cambio, una valoración de la cultura que pretenda sobreponerla al individuo y consagrar la intocabilidad de rasgos que se proponen como superestructuras sociales al margen de la condición humana: “Del hecho –señala el autor– de que los individuos no puedan ser lo que son sin una cultura, no se sigue que tal cultura exista independientemente de aquel individuo, como un club en el que éste se inscribiera”.

Por eso, pues, no pueden invocarse derechos en nombre de la diferencia si esto implica desconocer valores sociales imprescindibles:

“Conceder o no conceder derechos de grupo depende de la cualidad de los derechos reclamados, de su conformidad con los derechos fundamentales garantizados a los ciudadanos en la sociedad amplia”.

En la línea de lo que ha señalado Pascal Bruckner en su *Tiranía de la penitencia* (cfr. Aceprensa, 17-09-2008), Pera deplora la forma en que el multiculturalismo ha hecho nacer en los europeos un “complejo de culpa”. Por lo demás, el autor hace ver que una ojeada a la integración de los inmigrantes en Europa revela que no han sido eficaces las políticas con que la mentalidad multicultural pretendía cumplir aquel propósito; antes bien, haciendo fuertes las reivindicaciones de ciertos colectivos extranjeros sobre el mantenimiento de formas de vida notablemente ajenas a las del país receptor, el dogma multiculturalista ha contribuido a la creación de guetos o enclaves en los que lo cultural agrava las ya naturalmente periféricas condiciones en las que suelen establecerse los inmigrantes (Ver “La diversidad es perfectamente asumible”, Aceprensa, 18-03-2009).

En el mismo sentido, Benedicto XVI ha reconocido al libro de Pera el acierto de explicar que “un diálogo interreligioso en el sentido estricto de la palabra no es posible, mientras que es particularmente urgente el diálogo intercultural, que profundiza en las consecuencias culturales de la decisión religiosa de fondo. Si bien sobre esta última un verdadero diálogo no es posible sin poner entre paréntesis la propia fe, es necesario afrontar en el debate público las consecuencias culturales de las decisiones religiosas de fondo”, ha escrito el Papa.

Pronunciándose en efecto por un diálogo intercultural, Pera alude a la necesidad de relacionar las religiones con la verdad y el bien que buscan y con el modo de buscarlos, de manera que pueda valorarse lo que ellas aportan al desarrollo individual y social. Trascendiendo los miedos, los

---

**“El defecto principal del actual liberalismo ha sido el de recluírse en una dimensión sólo política y procedimental, y el de olvidar que es una tradición con específicos y densos contenidos éticos”**

---



Marcello Pera

tabúes y la inocua tentación de lo sincrético (habla de un “islamocristianismo” imposible), el ex presidente del Senado italiano defiende que el comparativo “mejor” vuelva a incorporarse a las reflexiones y a los juicios que nuestro tiempo no puede menos que reclamar.

### **Diez razones para llamarse cristianos**

De modo muy concreto, Pera concentra en forma de “decálogo” las razones por las que los liberales deben admitir sus raíces cristianas. Según esto, deben hacerlo:

Si guardan memoria de que la idea de la libertad humana arraiga en el pensamiento cristiano, que confirió al hombre la dignidad de una criatura a imagen y semejanza de Dios, y que, contra la incertidumbre relativista de múltiples verdades, proclama que “la verdad os hará libres”.

Si tienen conciencia de las dificultades de su doctrina y de la crisis de sus sociedades, pues según Pera

la sociedad liberal es una unidad moral y espiritual que requiere de un revestimiento doctrinal adecuado y de virtudes a propósito.

Si comprenden que el liberalismo no puede ser autosuficiente, sino que su construcción depende de una elección que, en cuanto movida por la responsabilidad y la benevolencia hacia el prójimo, es una elección de matriz cristiana.

Si quieren resolver el problema de la estabilidad social, pues la libertad individual requiere, para no transformarse en violencia y caos, un límite y un sentido del pecado o de lo no negociable que sería siempre artificial si se confiase sólo a la imposición del derecho positivo.

Si no se quiere ser etnocéntricos y reducir los derechos humanos a la condición de privilegios propios de ciertas culturas.

Si se quiere dar un fundamento conceptual y no meramente histórico y anticlerical de la separación entre Estado e Iglesia, pues Pera considera que, a pesar de las luchas por el poder temporal, el cristianismo despojó conceptualmente a la figura del César de su condición divina y proveyó al hombre de una dignidad que procede de Dios, y que es distinta de la ciudadanía que le otorga el Estado.

Si quiere conjurar el peligro o la profecía de su autodestrucción, pues, como decía Juan Pablo II, “una democracia sin valores se convierte fácilmente en un totalitarismo visible o encubierto” (*Centesimus annus*, n. 46).

Si recuerdan las atrocidades sucedidas cuando Europa ha abandonado el cristianismo y se ha “hecho pagana”: Auschwitz y los gulags.

Si quieren resolver la crisis moral que vive Europa actualmente.

Si quieren conservar el orgullo de su civilización, sostenerla cuando se la pone en cuestión, promoverla cuando se enfrenta a algún obstáculo, defenderla cuando se la ataca.

**Xavier Reyes Matheus**

## Un diagnóstico de Herman Broch

# Sobre el futuro de esta civilización

**N**o contento con la anotación puntual de lo que ocurre, el ser humano tiende, más o menos intermitentemente, a buscar un sentido. Nos interesa saber qué le ocurre a nuestra civilización y qué puede sucederle aún.

Hay autores que poseen la capacidad de dar un diagnóstico, a la vez general y profundo –que no abstracto– sobre la evolución histórica, con sus consecuencias en el arte, la ciencia, la sensibilidad, la cultura. Uno de esos autores fue el vienés Herman Broch (1886-1951). En el posfacio que escribió, en los últimos años de su vida, al libro de Rachel Bepaloff *De la Ilíada* (1), de 1947, se puede leer una de esas reflexiones que clarifican tanto la historia como la situación actual. Bepaloff y Broch eran judíos. Broch se convirtió al catolicismo en su juventud, sin perder nunca la fidelidad a la patria hebrea.

Broch parte de un presupuesto básico, algo que, con otras palabras, es aceptado generalmente: “La civilización, pese a sus aspectos prácticos, se revela a sí misma como un mito que todo lo coordina, expresado en un particular vocabulario de actitudes y acciones humanas que se han vuelto convencionales y que, justamente por esa misma razón, constituyen un sistema general (y religioso) de valores estructuralmente simbólico del universo. Los grandes periodos culturales y sus estilos –de los que los estilos artísticos son solo una de sus facetas– se caracterizan por la validez de sus sistemas religiosos de valores. Se trata de ‘sistemas cerrados’, sistemas que no pueden ser ampliados, sino sólo destruidos y sustituidos por otros mediante la revolución”.

A lo que Broch llama mito otros han designado como “paradigma”, “modelo total”, o simplemente “cultura”. Hay en cualquier etapa histórica una constelación de ideas, creencias, actitudes, respuestas que funciona como el ámbito general, influyente y a veces determinante de lo que se piensa, de lo que se dice y de lo que se hace.

### La revolución protestante

Para el pensador vienés las cosas en Europa empezaron a “revolucionarse” con la irrupción protestante: “A los ojos de la Iglesia (católica) la revuelta protestante constituyó el primer episodio de la destrucción de la unidad

cristiana occidental, el primer paso hacia la secularización herética del intelecto humano. Y así sucedió. En proceso irreversible, que se propaga desde el siglo XIX hasta el siglo XX, la estructura de valores occidentales perdió su centro cristiano”.

Este largo periodo de pérdida es denominado por Broch romanticismo, no como simple categoría artística, sino cultural. “La característica fundamental del romanticismo es la necesidad de construir el universo a partir de cada caso particular y, por supuesto, de cada alma humana. Este procedimiento romántico no se hubiera producido sin la preparación del protestantismo, según cuyos principios el alma del hombre se vincula directamente al universo y a Dios”, es decir, el principio del libre examen.

El protestantismo, sin dejar de creer en Dios, reclama para el hombre la máxima autonomía respecto al Creador (no tanto la libertad, que es otra cosa). Durante siglos los valores que están a la vez dentro y por encima del hombre, y cuyo origen es Dios, formaban un universo de sentido, en el que el ser humano encontraba su lugar y su raíz. Con el protestantismo y el romanticismo se defiende que es el hombre el que concede y crea el valor.

---

Para Broch, el mundo actual, debido a la pérdida de centralidad religiosa, ha entrado en una época en la que cada valor entra en conflicto con los demás e intenta dominarlos a todos

---

### La deriva del romanticismo

El romántico y los artistas posteriores que son sus herederos (“todos somos románticos”, decía Rubén Darío) se ven como dueños del universo pero, a la vez, con una inseguridad congénita, porque todo depende de cada uno, con lo que se crea una diversidad y un antagonismo que excluye ya las certezas fuertes. “Contagiado por esta inseguridad fundamental, el artista romántico adopta la actitud nostálgica que le es propia y que refleja su añoranza de la unidad religiosa del pasado (...) El romántico, en su nostalgia, vuelve al catolicismo, para encontrar refugio en la Iglesia”.

Así se explica ese retorno a la Edad Media y, en general, la atracción hacia la sensibilidad católica. Es claro ejemplo de eso, en Alemania, Novalis; en Italia, el converso Alessandro Manzoni; en Inglaterra, las simpatías de Walter Scott por el catolicismo: fue precisamente el autor de *Ivanhoe*, el que diagnosticó en Lord Byron, y se lo dijo, una sensibilidad más cercana al catolicismo, y de

hecho el poeta inglés quiso que una de sus hijas se educara en esa fe. Pero esos casos particulares no dieron origen a un nuevo universo de valores compartidos y, en consecuencia, tanto el arte como la cultura occidental entraron en un proceso de atomización, aunque quizá fuera más apropiado llamarlo de desintegración.

“No hay que volver a insistir –escribe Broch a mediados del siglo XX– en que el mundo actual, debido a la pérdida de centralidad religiosa, al menos en Occidente, ha entrado en una época de absoluta desintegración de valores, un estado en el que cada valor entra en conflicto con los demás e intenta dominarlos a todos. Los resultados apocalípticos de las dos últimas décadas no son más que el resultado inevitable de tal disolución”. Basta pensar en las dos guerras mundiales, en el nazismo y sus víctimas, en el comunismo y las suyas.

### La dialéctica del escombros

En esa situación de desintegración, el romanticismo cultural no tiene más remedio que aliarse con lo empírico o con visiones particulares, y de ahí las llamadas vanguardias, desde el impresionismo hasta hoy, donde el nombre sugiere una perpetua huida hacia delante, ya que se carece de un universo de sentido. Broch piensa que esa es la causa del descrédito en que ha quedado el verdadero arte: no para el público (“consume lo que se le ofrece”), no para los pseudoartistas (“que aceptan el éxito como prueba de su calidad”), sino para “los escasos artistas geniales y quienes saben

que el arte que no refleja la totalidad del mundo no es arte”.

Broch, a mediados del siglo XX, era bastante pesimista para el futuro, aunque, en teoría, siempre cabe esperar la irrupción de otro “mito”, “modelo” o “paradigma” que sea una visión estructural y completa del universo humano. Pero, en estos niveles, nadie puede decir nada sobre el futuro. En cualquier caso, vivimos desde hace tiempo en un mundo paradójico, globalizado económica e informativamente, pero fragmentado en lo que se refiere a los valores. No es extraño, por eso, que se viva entre escombros morales.

Si el modernismo se fundaba en la centralidad de la singular –individualista– experiencia humana para la creación de valores, después de asistir a la ruina de los mitos fundados en eso (comunismo, nazismo, liberalismo, tecnologismo), se abandona cualquier proyecto global de sentido, cualquier entendimiento simbólico del universo, pero no el individualismo, que es casi lo único que queda. A eso se le llama posmodernidad, aunque el nombre es lo de menos. En cualquier caso, es una civilización en la que el Todo es el fragmento o donde cada fragmento se autoconsidera el Todo.

Entender esto permite comprender por qué las ideologías políticas –de izquierda a derecha– han abandonado sus antiguas posiciones y las han transformado de acuerdo con esta dialéctica del escombros, que es la posmodernidad. Pero eso es ya otro tema.

**Rafael Gómez Pérez**

(1) Rachel Bespaloff. De la *Iliada*. Minúscula. Barcelona (2009). 120 págs. 13,50 €. Ver *Aceprensa* 40/09 (10-06-2009).

### Más contenidos en la web de Aceprensa

En la web de Aceprensa ([www.aceprensa.com](http://www.aceprensa.com)) puede leer otros muchos artículos, reseñas de libros y críticas de películas que no se publican en la edición impresa. Algunos ejemplos recientes:

- “El aborto de las mayores de edad”, sobre el proyecto de reformar la ley del aborto en España
- “Gran Bretaña celebra una macro fiesta de la familia”
- Reseñas de *A cada cual, lo suyo*, de Leonardo Sciascia, o de *Dora Bruder*, de Patrick Modiano
- Críticas de las películas *Terminator Salvation* o *Coraline*

Los suscriptores tienen acceso a todos los artículos mediante su nombre de usuario y contraseña. Si no los recuerda, haga clic en *¿Olvidó su contraseña?*, bajo la esquina superior izquierda de la página, y siga las instrucciones.

Para estar al día de lo que se publica en la web de Aceprensa, el medio más fácil es recibir por correo electrónico todos los miércoles la *Newsletter* gratuita, con los principales titulares de la semana. En la columna izquierda de todas las páginas de la web figura el formulario para abonarse a la *Newsletter*. Después de enviar sus datos, se le pedirá confirmación.